

Libertad cautiva y resignificación

José Gerardo López Oliva

*En vano el tiempo sin piedad consume
Su eterna destrucción y al hombre arroja
Al no ser, y arrástrale cual hoja
De arbusto débil, o cual leve pluma
Hay algo que no muere entre la bruma
Del negro olvido, y a que no acongoja
De la nada temor, ni se despoja:
Jamás del manto de su gloria suma:
¡La santa libertad! la noble idea
De la consciencia luz, que resplandece
Entre el humo y fragor de la pelea;
La santa libertad ¡árbol que crece
Y al elevar su copa gigantea
Al hombre abrigo bienhechor ofrece
Francisco Sosa Escalante*

La libertad es la facultad natural que tiene el ser humano de obrar, o de no obrar, por lo que es responsable de sus propios actos. El actuar por propia voluntad y también el no actuar son capacidades que remiten y confieren ese estado puro de existencia, donde el alma se eleva en el viento y se une a él y puede ir a todas partes. Y ser viento. Y alma. Y libertad. Parece ser un lugar seguro, refugio donde se exterioriza el espíritu, donde no hay temores ni sufrimientos, ni odios, ni avaricia, tal vez, este es un estado puro del ser. Desde la perspectiva natural, la vida en este medio es concebida como lo más libre que puede existir. Porque, ¿qué puede ser más libre que las mariposas revoloteando entre la tupida hierba de los campos bañados por el sol, o que los suaves trinos de los pájaros del monte o el vuelo de las águilas, tan alto, tan majestuoso, allá en el cielo, que vuelan hasta donde su afán las lleva? La naturaleza es, en este sentido, una de las expresiones más libres de la vida.

En contra parte está el cautiverio. Privación de la libertad. Ese estado de desesperanza en el que se sofoca el alma y se niega el albedrío, ese abatimiento del cuerpo, la mente y, por supuesto, el espíritu. Este denota lo artificial, lo creado por el ser humano, los límites, la opacidad de los sentidos, el encierro. Es aquí donde el dolor anida y la zozobra emprende su

tortuosa marcha que tiene forma de frustración. Ser prisionero es una condición no solo externa, ya que se puede ser libre físicamente, mientras que la mente está atrapada en angustia, desesperación, miedo e incertidumbre o que la mente vuela, indagando en la lejanía y la amplitud de la imaginación, soñando con la independencia de su ser, por si la materia de la que está constituida se encuentra prisionera.

Libertad y cautiverio

Estas dos condiciones de la realidad están presentes en las personas, tanto exterior como interiormente. Se puede ser libre pero con la mente recluida en aflicciones. Y aunque se viva en el encierro, el pensamiento siempre será soberano de sí. En la novela *Robinson Crusoe* de Daniel Defoe el protagonista vive en una constante tensión entre la libertad y el cautiverio, y aprende a encontrar libertad dentro de su cautiverio. Al principio, tiene un conflicto con su familia, ya que quiere aventurarse al mar y conocer lo desconocido (la libertad), en tanto que sus padres le reprochan esta forma de pensar, y le aconsejan estudiar para ser abogado (cautiverio). Aún así, su determinación por emanciparse lo lleva a la aventura y, para su desgracia, a la esclavitud. Después de haberse embarcado sufre un terrible naufragio y cae presa de los corsarios, queda como siervo del capitán, relegado a estar en tierra, trabajando, sin poder salir al mar, pero con la frecuente idea de huir. Lo cual logra con éxito, gracias a su capacidad para adaptarse y su creatividad.

Existen distintas formas de libertad y encarcelamiento, tanto físicas como espirituales. Crusoe, al experimentarlas, nos da cuenta de ello. Se observa cómo la libertad puede coexistir con la sensación de estar cautivo. Sobre todo, a la llegada de Viernes, al que libera de las garras de la muerte y convierte en su siervo(esclavitud). De esta forma es su libertador y su celador (liberación esclavista). Por otra parte, dado que Robinson ya estaba asentado y progresando, esto no bastó para frenar su deseo de viaje y aventura, quizá porque su espíritu viajero le demandaba liberarse, de nueva

cuenta, de las cadenas, pero ahora del hastío y lo común. Parece ser que su fuerza motora lo impulsa paradójicamente hacia el encierro. Y, con ello, vivir y pensar de manera totalmente radical a como hasta este punto lo había hecho.

Cautiverio

Robinson es, a un tiempo, carcelero y encarcelado. Se embarca en un viaje para conseguir esclavos e irónicamente acaba recluido en el mismo barco, a causa de dos poderosas tormentas marinas que no los dejan arribar a puerto y mandan al naufragio a Crusoe y la tripulación, de la cual solo él sobrevive. Ahora sus ansias de episodios intensos lo habían llevado a una isla desconocida de la que no tenía forma de salir y de la que no pudo salir en más de veinte años. Sus decisiones y acciones lo condujeron hasta allí. Él mismo se había enjaulado.

Prisionero de este paraje, no puede salir ni regresar a la civilización. Sufre de soledad y limitaciones impuestas por la naturaleza. Esta situación lo mantiene atrapado en un ciclo de supervivencia, donde cada día es una lucha por satisfacer sus necesidades básicas. Además, experimenta una forma de cautiverio mental al enfrentarse a la soledad y a la monotonía de la vida en la isla. La falta de interacción humana y de contacto con la civilización lo llevan a una introspección profunda, en la que enfrenta a sus miedos, inseguridades y reflexiona sobre sus decisiones. En cierto sentido, su aislamiento es también un cautiverio psicológico y espiritual, prisionero de su propia mente y de las memorias de su vida anterior.

Defoe muestra cómo este, al ser forzado por el destino a un aislamiento que lo separa y lo enajena de su entorno habitual, apartado, distante del mundo, es el ser libre, pues al vivir en la naturaleza puede recorrerla de arriba a abajo. No tiene restricciones morales como andar con poca ropa, es libre de prejuicios (no importa su apariencia en la soledad). Puede asentarse en el lugar que le parezca más conveniente y es libre de utilizar todos los recursos de la isla. En contraste, es el más confiado de los humanos, ya que no puede salir de esta

prisión cercada por el mar. Además de encerrarse en el refugio que construyó para resguardarse de animales salvajes o caníbales, y en el cual dura muchos días recluido, sin poder moverse a causa de la fiebre. Pero sobre todo cuando encuentra la huella en la arena, que lo hace entrar en pánico y pensando que puede ser atrapado por los caníbales, se recluye aún más. Es esclavo de miles de pensamientos sobre posibles ataques de los voraces comehumanos. Acaso como una visión del narrador sobre el ser humano encerrándose en sus propias creencias y miedos.

Libertad

A pesar de su situación de aislamiento, Crusoe descubre una nueva forma de libertad en la isla. Desprovisto de las normas y expectativas de la sociedad, encuentra una independencia que antes no tenía. En la isla, él es el único gobernante de su espacio y debe tomar decisiones por sí mismo. Esto le permite desarrollar habilidades que nunca había imaginado, como construir su refugio, cazar y cultivar, lo cual le otorga una libertad práctica para reinventarse y adaptarse.

Su libertad también adquiere un significado espiritual. Durante su tiempo en la isla, pasa por un proceso de transformación religiosa, profundiza en su fe y encuentra una conexión espiritual que le ayuda a sobrellevar su aislamiento. Esta liberación le otorga paz y resignación, ya que acepta su situación y llega a verla como una oportunidad para redimirse y agradecer por lo que tiene, en lugar de lamentar lo que ha perdido.

La libertad es la isla en sí, no hay restricciones morales ni sociales, no hay imposiciones políticas ni religiosas (aunque constantemente se apela a la Divina Providencia, pero, sin intermediarios). El protagonista puede ir hacia donde quiera y no tiene que comparecer ante nadie por los recursos que utiliza, sus únicas limitantes son hasta donde el ingenio y las fuerzas le alcancen. Es libre del yugo del dinero y, por lo tanto, libre de codicia, de envidia, de odio. Libre de los males mundanos de los que está formada la civilización.

Destrucción y construcción

En la novela, Daniel Defoe nos muestra estos dos temas, esenciales para representar la dualidad entre pérdida y supervivencia, fracaso y renovación. Robinson es el único habitante humano en la isla, llegó arrojado por el mar, sin más que sus ropas mojadas, un cuchillo, pipa y tabaco. Se enfrenta a la necesidad de reconstruir su vida, luego de la destrucción por el naufragio. Tiene que comenzar desde cero, solo él y su ingenio en un lugar completamente desprovisto de civilización.

[...] antes de montar mi tienda, tracé un semicírculo delante de la cavidad, de un radio aproximado de diez yardas hasta la roca y un diámetro de veinte yardas de un extremo al otro. En este semicírculo, enterré dos filas de estacas fuertes, hundiéndolas por un extremo en la tierra hasta que estuvieran firmes como pilares, de manera que, sus puntas afiladas sobresalieran cinco pies y medio desde el suelo.¹

Destrucción

La obra comienza con la destrucción de la vida anterior del personaje principal. Al irse de casa, destruye la vida cómoda y resuelta que tenía con sus padres, queda marcado por el naufragio. Esta eventualidad no solo destruye físicamente el barco y sus pertenencias, también lo obliga a dejar atrás su vida en Inglaterra, su familia y sus aspiraciones personales. Destruye así su sentido de pertenencia, la relación con sus padres y sus planes futuros. Esta destrucción funciona como un punto de partida, una especie de *tabula rasa* que elimina todo lo que Crusoe conocía, que lo obliga a enfrentarse a una existencia primitiva, donde debe depender solo de su ingenio y habilidad.

Además, Defoe nos expone la isla como esa representación de la naturaleza salvaje falta de orden. Un mundo que inicialmente parece hostil y en el cual Robinson debe destruir ciertas creencias sobre la civilización, como el poder que le damos al dinero y que, en situaciones como en la que se en-

¹ Daniel Defoe, *Robinson Crusoe*, s/p.

cuentra, no le sirve de nada. O la autosuficiencia, al cosechar su propia comida y no tener que comprarla. Este proceso también involucra momentos en los que el protagonista necesita destruir físicamente aspectos de la isla (como árboles o rocas) para construir lo que después llamará su «castillo», o para obtener los recursos necesarios, demostrando su dominio sobre el entorno: «[...] me costó un trabajo infinito cortar el árbol. Estuve veinte días talando y cortando la base y catorce más cercenando las ramas, los brotes y el tupido follaje con el hacha».²

Construcción

La construcción es el contrapunto positivo de la destrucción. Después del naufragio, Robinson comienza un proceso de reconstrucción que abarca lo material y lo espiritual. Primero, construye un refugio que, con el pasar del tiempo, transforma en un lugar seguro. Es con el pasar de los años, como reconstruye su paz y seguridad, además de ampliar sus fortificaciones y extender su dominio. Reflejo del desarrollo de las sociedades. Crusoe debe improvisar herramientas, domesticar animales y aprender a confeccionar ropa, replicando así una civilización en miniatura. Esta construcción refleja su esfuerzo por recuperar el orden y la estructura en su vida. «Pensé mucho en la mejor forma de hacerlo y, en especial, el tipo de morada que debía construir, ya fuera excavando una cueva en la tierra o levantando una tienda».³

El acto de construcción tiene también un aspecto psicológico y moral, ya que el protagonista reconstruye su identidad y sus valores. Todo esto le da un nuevo valor a su vida, que él creyó perdida. Le da otro sentido a su ser, una resignificación, transforma su entorno y se transforma él en su interior, en su mente, en su alma. La tormenta no solo se llevó los restos de la embarcación y a sus compañeros, sino también su antigua existencia, sus anteriores creencias, su antiguo mundo. De ello resulta su reinterpretación de lo que es vivir.

² *Idem.*

³ *Idem.*

Aislado en este desierto de personas, en este paraíso de la introspección experimenta una transformación espiritual que lo lleva a valorar su fe y a desarrollar una perspectiva más humilde y agradecida hacia la vida.

Ciclo

A lo largo de la novela, la destrucción y la construcción forman un ciclo que representa la capacidad de Robinson para adaptarse y transformar su realidad. Cada desafío o amenaza (como la llegada de los nativos, que pone en peligro su vida) da paso a nuevas formas de ingenio y fortaleza, en un ciclo constante de destrucción y renovación: «[...] le mostré el esfuerzo ímprobo que me había costado transformar un enorme árbol en una plancha».⁴

Crusoe trabaja sin descanso, a pesar de ya contar con un lugar perfectamente seguro y adaptado para sus necesidades. Vuelve a construir según va conociendo la isla, expandiendo su territorio, comenzando desde cero, en un ciclo de exploración y asentamiento, de renovación y amplitud. Este ciclo también representa la resiliencia del ser humano, quien, a pesar de la adversidad, busca rehacer su vida y reconstruir un mundo en el que pueda encontrar significado. Así, esta historia no es solo la de un naufragio y supervivencia, sino también una reinención del ser humano, quien, en medio de la soledad y el peligro, se enfrenta a sí mismo y a la naturaleza para construir un nuevo sentido de propósito y existencia.

Ahora empezaba a darme cuenta de cuánto más feliz era esta vida, con todas sus miserias, que la existencia sórdida, maldita y abominable que había llevado en el pasado. Habían cambiado mis penas y mis alegrías, mis deseos se habían alterado, mis afectos tenían otro sentido, mis deleites eran completamente distintos de cómo eran a mi llegada a esta isla y durante los últimos dos años.⁵

⁴ *Idem.*

⁵ *Idem.*

Robinson Crusoe es la personificación del espíritu aventurero. Esta historia explora la resiliencia humana a través de la reconstrucción de una vida en condiciones extremas. El protagonista decide perseguir su pasión y se embarca en la aventura a un viaje hacia lo desconocido. Cada ser humano es conductor de su propia travesía y, sin duda, toda trayectoria conlleva un avance, una evolución, un cambio. Y es el cambio, en cierto sentido, una fuerza creadora, de la que nace el ímpetu y la necesidad de transformación. Porque la humanidad también es progreso y no se puede progresar sin tener la noción de retroceso, y la visión de futuro por medio del desarrollo transformador. Todo pensamiento es libre de quedarse encerrado en su comodidad o de aventurarse a lo desconocido del cambio.

Fuentes

Defoe, Daniel, *Robinson Crusoe*, Elejandría, edición digital a partir de la versión de la Librería de los Hermanos Garnier, impresa en París en 1867 y cuya traducción se atribuye a Leopoldo García Ramón.

Sosa Escalante, Francisco, «La libertad», en *El Renacimiento*, 1869.